

La muerte (satanizada) del latín

Josep M. Barrio

En rigor, no se puede hablar de la muerte del latín sin hablar, antes, de su vida; y si nos referimos a Hispanoamérica, de su implantación durante los últimos cinco siglos. Esto, sin embargo, nos llevaría demasiado lejos; además, el fenómeno que queremos mencionar no es específico boliviano, sino universal.

La latinización de América fue, directa o indirectamente, un proceso concomitante a su cristianización: tanto la evangelización como la misma colonización comportaban una cierta dosis de latinización (vía lingüística, el implantar aquí lenguas neolatinas o romances o románicas). Lo que llama verdaderamente la atención es que los resultados fueran muy diversos en las diferentes regiones del continente: me parece que se puede decir que la latinización fue proporcional a la hispanización. De todo esto hay libros que lo han estudiado en algunos casos (en Colombia, J. A. Rivas Sacconi; en Chile, más recientemente, W. Hanisch). Ni en Perú ni en Bolivia hay nada similar, pero en nuestro caso, no hay que esperar a disponer de una monografía para poder decir que en Charcas la latinización fue más débil y superficial que en los dos países citados. Y lo que pasó una vez llegadas las repúblicas, fue reflejo del respectivo proceso colonial anterior.

Pero vayamos a Europa: allí la latinización fue profundísima (pensemos, por ejemplo, que a mediados del siglo pasado, en Alemania todavía se escribían en latín las tesis doctorales; y en Gran Bretaña las universidades más prestigiosas lograron dar a sus graduados en cualquier especialidad un conocimiento que ya quisieran hoy los propios licenciados en Humanidades Clásicas). El latín, aunque desde la Edad Media convivía con las lenguas vernáculas y éstas desde el Renacimiento aspiraban a ocupar la categoría de lenguas de cultura, se mantuvo como un instrumento real de comunicación ecuménica transnacional hasta el siglo XVII; después, fue retrocediendo aceleradamente su ámbito de enseñanza y, por tanto, de uso; a pesar de ello, los bachilleratos de los países desarticulados mantuvieron su enseñanza hasta mediados de este siglo. Eliminado como lengua universitaria, se refugió en la Iglesia Católica latina: la enseñanza eclesial se impartía en latín con libros de texto en latín; hasta... el Concilio Vaticano II (1962-1965).

El Vaticano II adoptó una decisión histórica: abrió la puerta de la liturgia a las lenguas vivas. No es verdad que el Concilio prohibiera la permanencia del latín en la liturgia; al revés, establece que "Se conservará el uso de la lengua latina en los ritos latinos, salvo derecho particular" (Const. Sacrosanctum Concilium, '36, 1); y establece que "La Iglesia reconoce el canto gregoriano como el propio de la liturgia romana; en igualdad de circunstancias, por tanto, hay que darle el primer lugar en las acciones litúrgicas" (Ibid., 116); y a los seminaristas se les exige que "han de adquirir el conocimiento de la lengua latina, que les capacite para entender y utilizar las fuentes de no pocas ciencias y los documentos de la Iglesia" (Decreto Oplatum tollis, 13).

La práctica no se ha ajustado a la ley: bastó aquella medida, in-

terpretada bajo el único parámetro pragmático y funcional de la comprensión, para que millones de católicos dejaran de oír "sonar" el latín en los templos (que, por supuesto, en su mayoría estaban lejos de entender). Me parece que hoy, después de una experiencia de varias décadas, se puede afirmar que aquella interpretación ha representado un empobrecimiento fatal para la vivencia religiosa de los fieles (los ritmos guitarreados de los cancioneros en uso están a años luz de la tradición secular gregoriana). Con un espectáculo alucinante agregado (ya previsto por el historiador del Concilio de Trónto Hubert Jedin): que, hoy, quien desea redescubrir el gregoriano, ha de acudir a los conciertos o a las grabaciones en discos compactos o casetes de empresas musicales; como si algún día, para admirar el arte plástico cristiano hubiera que acudir a los museos!

Para el latín, la práctica extraviada del decreto conciliar ha sido un golpe mortal; pero han funcionado también otros factores.

Desde mediados de este siglo (aunque en América, el proceso venía de antes), la presencia del latín en la enseñanza media ha ido retrocediendo por doquier; hasta convertirse, hoy, en el reducto simbólico de un resabio "exótico" para alumnos no menos "sospechosos".

En Bolivia (donde, como ya he dicho, la implantación latina nunca había pasado de algo básicamente postizo), el exilio del latín empezó hace más de un siglo; avanzó muchísimo con el modelo liberal; y hace muchas décadas que fue absoluto. No es éste el lugar para justificar su razón de ser; pero no puede haber duda que si nuestros bachilleres en el ciclo Medio se hubiesen asomado por un par o tres de cursos al latín, quizás no encontraríamos tanto contrasentidos en el lenguaje de los medios de comunicación escritos y orales; o en el Parlamento; o en el mismo Palacio de Gobierno.

El resultado, a escala mundial, es que no habrán de pasar muchos años para que haya que buscar con la lámpara de Diógenes a alguien capaz de poder leer un texto latino (profano o cristiano); particularmente en América, pero también en la misma Europa. Cada día se va convirtiendo en una lengua tan esotérica como el griego (aunque éste ha subsistido, transformado, como lengua viva) o el sánscrito: patrimonio exclusivo de cuatro gatos.

Una apostilla: la función milenaria del latín, hoy la quiere cumplir el inglés; pero con desventajas manifiestas: para empezar, simboliza y está al servicio de la hegemonía imperial de la cultura anglosajona; para quienes hemos aprendido a hablar en lenguas neolatinas, esto supone alienarnos de nuestras propias capacidades, condenándonos al papel de ciudadanos de segunda o cuarta categoría (¿o hay todavía quien se haga la ilusión de poder competir con los nativos en igualdad de condiciones?); y nos priva de conocer el paquete genético lingüístico que explica el 90% de nuestras hablas.

En el siglo renacentista, los humanistas que lograron restaurar para la cultura la pureza del latín clásico, trataban de "bárbaros" a quienes lo ignoraban; hoy, es la propia cultura la que ignora el latín; y parece que se ha desahogado de él para siempre. Aunque uno nunca sabe...